

“ El cierre programado de las nucleares es la única certeza del PNIEC, pero plantea un riesgo si el resto de previsiones energéticas no se cumplen a tiempo ”



JORDI SEVILLA

Exministro de Administraciones Públicas
y director de la Unidad de Inteligencia de LLYC

Texto: Matilde Pelegrí y Gema Ortiz Fotos: GRUPO SENDA

Jordi Sevilla, exministro de Administraciones Públicas y actual director de la Unidad de Inteligencia de LLYC, ha pasado de abogar por el cierre de las centrales nucleares a convertirse en uno de sus más firmes defensores. Su experiencia en Red Eléctrica y los recientes cambios geopolíticos han reconfigurado su visión sobre el papel de la energía nuclear en la seguridad y sostenibilidad del sistema eléctrico español. En esta entrevista, analiza los motivos de su cambio de postura, la necesidad de una moratoria y las consecuencias de cerrar las centrales sin alternativas fiables.

DE CRÍTICO A DEFENSOR DE LA NUCLEAR

A lo largo de su carrera ha ocupado distintos cargos de responsabilidad en el ámbito económico y político. ¿Cómo fue surgiendo su acercamiento al sector energético y, en particular, a cuestiones relacionadas con la energía nuclear?

Hay varias cosas que me han empujado. Lo relevante para mí no es tanto haber llegado o no al interés por el sector energético, sino por qué formé parte del grupo de socialistas que elaboramos el programa del cierre de las nucleares y, sin embargo, ahora considero que cerrarlas es un error. Eso es lo realmente relevante, porque expresa dos cosas: por un lado, que uno también aprende. Mi paso por Red Eléctrica ha sido determinante para comprender el funcionamiento y las necesidades del sistema eléctrico y de la garantía de suministro. Y por otro lado, todos los cambios que hemos visto en los últimos años a nivel mundial.

Ahora se habla de rearme, cuando no hace tanto tiempo pensábamos que la OTAN debía disolverse porque ya no existía una amenaza de guerra. O vemos cómo se hace referencia

a una guerra arancelaria con Estados Unidos cuando hace apenas seis meses todo giraba en torno a la liberalización, el multilateralismo y la globalización.

En este contexto, se están produciendo cambios muy importantes que han llevado a muchos a reconsiderar la energía nuclear: ¿por qué todo el mundo está hablando en positivo de ella? ¿por qué la Comisión Europea la ha incluido entre las energías limpias? ¿por qué en la COP28 varios países se han comprometido a invertir en esta fuente de energía? ¿por qué, cuando la vicepresidenta Teresa Ribera llega a Bruselas, afirma que la energía nuclear es necesaria para Europa, mientras que en España somos el único país que sigue adelante con su cierre?

No se ha dado una explicación clara sobre el motivo de este cierre. El Gobierno es quien, en última instancia, decide la política energética, y espero que no tome la decisión de cerrarlas. Mi mayor incentivo es evitar cometer un error irreversible. Por eso insisto tanto en una moratoria para darnos más tiempo, más margen para observar cómo evoluciona el sector eléctrico y el contexto internacional.

“ El Gobierno justifica el cierre nuclear por el avance renovable y un pacto con las eléctricas, pero la decisión energética es su responsabilidad y debe anteponer el interés general ”

Porque mantener una central nuclear en funcionamiento es relativamente sencillo. Reactivarla tras su cierre, como está intentando Alemania, es mucho más complejo. Por tanto, no tenemos prisa, ni urgencia, ni necesidad. Lo que pido es que lo pensemos con calma.

¿Qué aspectos clave —en términos de seguridad, sostenibilidad económica y contexto internacional— lo han llevado a replantear su postura, y por qué considera que España no puede permitirse ir a contracorriente del resto del mundo?

Yo he llevado la plaquita de “Nucleares no, gracias”, pero es que desde entonces el mundo ha evolucionado. Con el tema de la seguridad lo que hay que hacer es exigir a las empresas que cumplan la normativa. Garantizar e inspeccionar todo lo que tenga que ver con el máximo nivel de seguridad que se pueda asegurar. Y ahí el Gobierno tiene que ser muy estricto en el cumplimiento de las inversiones y garantías de seguridad.

En cuanto a los residuos, alargar diez años obviamente incrementará el volumen, pero otros países lo han resuelto de una manera mucho más sensata, desde mi punto de vista. Y, por supuesto, las renovables también tienen residuos. De hecho, es uno de los puntos que empieza a discutirse, y más cuando empiece a generalizarse el sistema de baterías como fuente de almacenamiento de electricidad.

La sociedad riesgo cero no existe, y por tanto tenemos que mantener un equilibrio entre minimizar el riesgo y maximizar los beneficios. Creo que hoy, nuestro sistema nuclear lo cumple.

Pero hay una razón en la que también insisto —no hace diez años, hoy, y es que en un momento en el que cuando todo el mundo está caminando en la dirección de las nucleares, España es el único país del mundo que las quiere cerrar. ¿Vamos a ser los únicos que tenemos la razón y todos los demás están equivocados? Me parece muy presuntuoso.

Además, la nuclear tiene varias ventajas: por una parte, la garantía de suministro; por otra, el propio funcionamiento del sistema; y también que es una energía barata y, sobre todo, predecible, a diferencia del gas, cuya fuente de aprovisionamiento está fuera de nuestro control porque depende de los mercados internacionales. Lo vimos claramente cuando tuvimos el conflicto con Rusia como consecuencia de la invasión de Ucrania: decidieron subir el precio del gas y se disparó por completo el precio de la electricidad en todo Occidente. Eso no pasa con la nuclear.



Otro tema muy importante es que la energía nuclear ayuda a afrontar uno de los grandes retos que en este momento tenemos en Europa: la competitividad. Para las empresas, una de las cosas que más les preocupa es la incertidumbre sobre el precio de la energía, sobre todo en sectores en los que el coste energético representa una parte muy importante del total de la cuenta de resultados. La nuclear, al igual que las renovables, ofrece mayor estabilidad y garantía de precios más bajos.

Además, si alguien tuviera algún argumento más, ya lo habría dicho. Y yo, hasta ahora, no lo he escuchado.

Usted ha propuesto una moratoria general de diez años y, de forma más urgente, una específica para Almaraz. ¿Por qué considera crucial evitar el cierre de esta central en particular?

Esto es algo que deben consensuar el Gobierno y las empresas. Yo he hecho dos propuestas. La primera, una moratoria general de diez años, que permita al Gobierno dar el paso sin necesidad de adoptar una posición pronuclear.

Pero, al mismo tiempo, creo que hay una cuestión urgente: no cerrar Almaraz. Por eso propongo, de forma inmediata, una moratoria de dos años para el cierre de esta central, de modo que Gobierno y empresas puedan negociar con margen en qué condiciones se podría continuar.

El error que todavía estamos a tiempo de evitar es cerrar Almaraz y que el caos que eso pueda generar impida después cerrar otras, aunque estuviera previsto. Eso sí sería un error. No estoy hablando solo de una central nuclear, sino de lo que el conjunto de la energía nuclear aporta al sistema eléctrico.

RENOVABLES Y NUCLEAR

Frente a quienes defienden un modelo energético cien por cien renovable, usted sostiene que la energía nuclear sigue siendo necesaria. ¿Por qué considera que ambas fuentes no solo son compatibles, sino complementarias en el actual contexto energético?

“El informe Draghi advierte de que ningún país con energía nuclear debería plantearse su cierre, una recomendación que parece dirigida a España”



La vicepresidenta tercera del Gobierno de España y ministra para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico, Sara Aagesen, afirma que nuestra opción es la renovable. La mía también lo es, y la de Iberdrola, Endesa, Naturgy... y la de prácticamente todo el mundo. No son opciones incompatibles.

En algún momento se pensó —o algunos pensamos— que sí, que era una cuestión de “o lo uno o lo otro”. Pero hoy ya tenemos suficiente información para darnos cuenta de que no es así. Primero, porque si el objetivo sigue siendo reducir emisiones, la nuclear contribuye claramente a ese objetivo. Y segundo, porque, como también aprendí en Red Eléctrica, un sistema cien por cien renovable no puede funcionar solo por cuestiones técnicas. La electricidad necesita una determinada tensión para circular por la red, y esa tensión no la generan las renovables. Hace falta una energía de soporte que solo pueden aportar el agua, el gas o la nuclear.

En esa lógica, si quisiéramos sustituir la nuclear por hidráulica, tendríamos que plantearnos una expansión de embalses que, hoy por hoy, no está en los planes de nadie. ¿Qué pasaría entonces? Que, si se cierra la nuclear, inevitablemente se acabará sustituyendo por gas. Y eso tiene dos problemas: primero, el CO₂, y segundo, la incertidumbre del precio, porque dependeremos de quienes controlan los precios en los mercados internacionales.

En el Plan Nacional Integrado de Energía y Clima (PNIEC) se establece que en 2030 el 80% de la energía sea renovable. Supongamos que eso se logra —que está por ver—. Lo que yo digo es que el otro 20% puede seguir siendo

cubierto por la nuclear, que es exactamente el porcentaje que ahora mismo aporta. Por tanto, ambas fuentes son perfectamente compatibles y, juntas, podrían ofrecer un sistema eléctrico cien por cien libre de emisiones.

Durante su etapa en Red Eléctrica, usted tuvo acceso al primer borrador del PNIEC. ¿Qué opinión le merece el enfoque del plan respecto al calendario de cierre de las nucleares y los riesgos asociados a sus previsiones?

Efectivamente. Recuerdo que, estando aún en Red Eléctrica —cuando por primera vez nos pasaron un borrador del PNIEC—, comenté con Teresa Ribera que el plan hacía una serie de predicciones, pero que solo había una certeza: el calendario de cierre de las nucleares. Y planteé una pregunta muy simple: ¿y si, cuando llegue el momento de cerrar las nucleares, no se han cumplido todas las demás previsiones? Estás asumiendo un riesgo innecesario.

Si dentro de 20 años contamos con baterías, interconexiones y el resto de condiciones necesarias, entonces quizá pueda plantearse el cierre. Pero ahora mismo, debilitar el sistema eléctrico como única certeza —confiando en que todo lo demás funcionará como se prevé— me parecía, y me sigue pareciendo, asumir un riesgo muy grande. Y eso ya empezamos a verlo.

Una de las cosas que era previsible, especialmente con la expansión de las renovables como la fotovoltaica, es que, bajo un sistema de precios marginalista, la energía renovable tiende a valer cero. Es decir, como su coste marginal es

“ Cuando todo el mundo está caminando en la dirección de las nucleares, España es el único país del mundo que las quiere cerrar. ¿Vamos a ser los únicos que tenemos la razón? ”

cero, hay momentos en los que los inversores no recuperan su inversión. Era algo bastante evidente, y me temo que eso va a ralentizar un poco las inversiones en renovables en los próximos años.

Por tanto, con más motivo aún, no deberíamos precipitarnos en cerrar las nucleares sin tener la certeza de que se están cumpliendo los objetivos del plan en los plazos previstos.

GARANTÍA DE SUMINISTRO Y ESTABILIDAD

Usted ha citado tanto el contexto europeo como el informe Draghi para defender la continuidad de la energía nuclear en España. ¿Por qué considera que el cierre de las centrales va en contra del interés nacional, y qué papel deberían jugar el Gobierno y la evolución tecnológica en la redefinición de esta política energética?

Como ha dicho Teresa Ribera, la energía nuclear es absolutamente necesaria para Europa. Entonces, si es necesaria para Europa, ¿por qué no lo sería para España? Además, hay un punto en el informe Draghi —que cito con frecuencia— que parece escrito expresamente para España, en el que se dice con claridad que ningún país que disponga de nucleares debería plantearse cerrarlas.

Con todos los cambios que estamos viendo en estos últimos meses, creo que el Gobierno debería tomar la iniciativa y, en este nuevo contexto, reconocer que la garantía de suministro nos aconseja no cerrar las nucleares. Debería sentarse con las empresas para negociar en qué condiciones puede establecerse, al menos, una moratoria de diez años.

Esto, además, teniendo en cuenta la renovación que se ha hecho en todas las centrales, algo que pude comprobar personalmente en mi visita a Almaraz. Se suele decir que la vida útil de una central es de 40 años, que ya han pasado. Pero esa estimación se basa en los materiales originales, de los cuales probablemente ya no queda ninguno. Todo ha sido reforzado o sustituido. De hecho, hay una central gemela de Almaraz en Estados Unidos a la que ya se le ha concedido una vida útil de 80 años.

Por otra parte, la tecnología está avanzando mucho. El sector nuclear español es excelente, y lo mismo ocurre a nivel internacional. Se sigue investigando, se están desarrollando técnicas avanzadas de reciclaje de residuos radiactivos, y además están en marcha nuevas tecnologías como los pequeños reactores modulares, los famosos mini reactores, que si bien necesitan algo más de maduración, ya apun-



tan a una lógica completamente distinta a la de las grandes centrales del pasado. La nuclear, además, es la única fuente que garantiza suministro las 24 horas del día, los 7 días de la semana.

El Gobierno ha dado dos razones para justificar el cierre: una, que la alternativa son las renovables; y dos, que es lo que pactaron las empresas con ENRESA. Pero la política energética no la hacen las empresas, la hace el Gobierno. Y es el Gobierno quien debe actuar para evitar que ese pacto se lleve a cabo, si va en contra del interés general.

Desde el sector se evidencia un fuerte aumento de la carga fiscal sobre la energía nuclear. ¿Cree que la actual política impositiva está penalizando injustamente a este sector frente a otras fuentes, y qué margen de maniobra tiene el Gobierno para corregir esta situación?

Sí, así lo recoge un informe elaborado por PwC, que es bastante contundente al respecto. El aumento de la carga fiscal se ha producido exclusivamente sobre la fuente energética nuclear; no ha habido incrementos similares en otras tecnologías como las renovables, el agua o el gas. Lo que no se puede hacer es pedir a las empresas que se sacrifiquen por



España y que pierdan dinero, especialmente cuando esas posibles pérdidas no vienen dadas por condiciones adversas del mercado, sino por los impuestos.

Los impuestos no pueden convertirse en un castigo. Y en este sentido, el Gobierno sí tiene margen para negociar con las empresas. Eso es, precisamente, lo que espero que estén abordando en las reuniones que, según parece, se están manteniendo.

CAPITAL HUMANO

Durante su visita a Almaraz destacó el alto nivel de profesionalización y exigencia del personal técnico. ¿Qué riesgos supone para España perder este capital humano especializado si se cierra el parque nuclear sin una alternativa tecnológica que lo absorba?

Cuando visité Almaraz, me sorprendió ver que allí se trabaja sin tener en cuenta la posibilidad del cierre. Creo que es la mejor actitud, no solo desde el punto de vista psicológico, sino también práctico. Hubo dos cosas que me llamaron especialmente la atención. La primera: en Almaraz hay de forma permanente tres inspectores del Consejo de Seguridad Nuclear (CSN), lo que demuestra el alto nivel de exigencia y control.

La segunda: tuve la oportunidad de conocer la sala de control, me explicaron su funcionamiento, y me dejó muy sorprendido. Ser ingeniero, en este contexto, es casi lo de menos. Los operadores tienen que superar una especie de MIR, un examen altamente especializado, adaptado al tipo concreto de central, y además deben renovarlo periódica-

“ Creo que hay una cuestión urgente: no cerrar Almaraz. Por eso propongo, de forma inmediata, una moratoria de dos años para el cierre de esta central ”

mente. Es un nivel de exigencia, formación y cualificación que ya me gustaría ver también en otros ámbitos, como en la propia administración pública. Solo con ver Almaraz, sentí orgullo. Tenemos un nivel técnico muy alto.

Cerrar el parque nuclear supondría una pérdida enorme, sobre todo en un mundo que habla cada vez más de talento, de sociedad del conocimiento, de la importancia de la experiencia y la formación. Y además, en un sector que no es precisamente sencillo.

Sería un error que no deberíamos permitirnos. Más aún cuando hay empresas españolas que ya están trabajando en nuevas tecnologías, como los mini reactores. Resultaría paradójico —y absurdo— que en España cerremos nuestras nucleares mientras nuestras empresas trabajan en el desarrollo de mini reactores para el resto del mundo.

Ante el cambio de contexto político y parlamentario, ¿cree que el debate sobre la continuidad de la energía nuclear en España debe abordarse como una cuestión de Estado?

Hay varias cosas que están cambiando. Primero, hace un año era impensable que el Gobierno y las empresas estuvieran sentados hablando de la posibilidad de prorrogarlo. Todo el mundo daba por hecho que este tema estaba cerrado, y hoy ya no, afortunadamente.

Segundo, hace un año estábamos a un año vista del primer cierre —el de Almaraz— que, cada día que pasa, está mucho más cercano.

Y tercero, hay algunos cambios no menores en el Congreso de los Diputados que también pueden incentivar que haya una solución y un acuerdo rápido. El Congreso aprobó hace poco una proposición no de ley en la que se pedía el no cierre de las nucleares. Es decir, hay una mayoría de fuerzas parlamentarias que están a favor de que continúen.

En este momento, el Partido Popular ha anunciado que está trabajando en una proposición de ley en la misma dirección. Por lo tanto, creo que el Gobierno es quien debe tomar la iniciativa.

No me gustaría que este fuera un tema más del rifirrafe y de la bronca partidista, porque creo que aquí también estamos hablando de temas de interés de Estado. Pero si el Gobierno no espabila en ese sentido, puede encontrarse con que el Parlamento le apruebe una proposición de ley obligándole a que esto no se haga.

Y ese sería el peor escenario posible, porque si la prórroga o la moratoria es fruto de un acuerdo y de un consenso, se hará bien. Pero si es fruto de una imposición y de una improvisación, la probabilidad de que salga bien es menor. ■